

LOS OJOS DEL ABUELO

NARRACIONES INFANTILES



RAFAEL VIZ LOPEZ

mis

Los Ojos del Abuelo

Λ

R A F A E L R U I Z L O P E Z

29.234

Los Ojos del Abuelo

(NARRACIONES INFANTILES)



PUBLICADA POR

EDITORIAL



ARGENTINA

BUENOS AIRES

M C M X X V I I

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

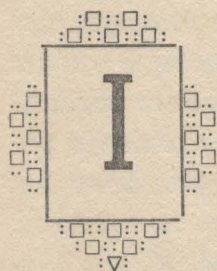
BIBLIOTECA NACIONAL

Es Propiedad
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

*A los niños Sofía, Leonor, Eugenia, Rosalia y
Antoñito García Santos, dedico muy afectuosamen-
te estos cuentos.*

RAFAEL RUIZ LOPEZ.

Los Ojos del Abuelo



BA el viejo por la calle con paso reposado, sereno y tranquilo, como quien no tiene prisa en llegar a un punto determinado. Sin duda sabía, por larga experiencia, que lo más interesante de la vida es el camino y que, por lo tanto, debe hacerse todo lo posible por disfrutar de él. Llevaba en la mano un bastón elegante, que más le servía de juguete que de sostén, pues, a pesar de sus sesenta y ocho años, su vigor era casi juvenil.

Al pasar frente a una casa, vió que la gente se arremolinaba y oyó gritos que pedían socorro. Lleno de ánimo, penetró en ella, arrollando a los curiosos que interceptaban el paso.

Tratábase de un incendio formidable. El humo salía por puertas y ventanas en masas negras, compactas y ahogantes. La confusión era extraordinaria. Las gentes salían atollondradas, presas del ciego pánico, atropellándolo todo, sin darse cuenta exacta de lo que ocurría, pero sin ánimo para

volver la cabeza. El terror excesivo había matado la curiosidad.

El viejo corrió hacia el sitio de mayor peligro, hacia donde más desgarradas e insistentes eran las voces que pedían socorro. Por la puerta de aquel departamento, que parecía la boca devoradora de un horno, penetró decidido, y en una de las piezas encontró a una mujer y a un niño próximos a perecer asfixiados.

El viejo era indudablemente todo un hombre y se encontraba en uno de esos instantes sublimes de la vida en que despierta en el alma lo que hay en el ser humano de más admirable y heroico. Le era fácil huir y salvarse, como habían huído otros más jóvenes y fuertes que él. Sereno, recordó en aquel instante a los que en la vida eran ya casi sus únicos afectos: a su hija Marta, a su yerno, que era un hombre de bien, y a su nietecito Javier, verdadero encanto de la casa. Pensó también en su vida apacible exenta de penalidades; en que no estaba desesperado para pensar en los suaves beneficios de la muerte liberadora. Pero no pensó ni un momento en alejarse del peligro.

Allí había una mujer y un pequeñuelo a quienes acaso podía salvar y que morirían irremisiblemente si los desamparaba. Y decidió, valeroso, avanzar hasta conseguir la salvación de aquellos desconocidos o perecer con ellos. Así se lo ordenaba una voz interior que parecía llegar a sus oídos con nítida claridad.

Energías gigantescas acudieron a sus viejos brazos; su pecho adquirió bríos insospechados... ¡y salvó a la mujer y al niño!

Al atravesar la puerta que semejaba una boca infernal, sintió una explosión aterradorizante; pero continuó impertérrito con la mujer y el niño hasta llegar a la calle.

Un oficial de bomberos corrió a su encuentro y le ali-

vió de la carga. La mujer, experimentando la alegría de verse en salvo, no se cansaba de decir, mientras lloraba y reía a la vez:

—¡Este viejecito es un santo! ¡Nos ha salvado la vida a mi hijo y a mí! ¡Este viejecito es un santo! ¡Que Dios le colme de bendiciones!

El oficial abrazó al anciano que, pálido como un muerto, apenas si podía sostenerse en pie, y que clamó:

—¡No sé lo que me pasa! ¡No veo! ¡No veo! Pero, si se han salvado esos infelices, todo va bien.

Entonces se fijó el oficial en que el viejecito tenía grandes quemaduras en las manos y en la cara y en que no podía abrir los ojos. Pero no se quejaba; sólo preguntaba con insistencia si la mujer y el pequeñuelo habían escapado sin daño, y quedó tranquilo cuando le afirmaron que sí, que gracias a él nada grave les había ocurrido.

Le hicieron subir en una ambulancia entre los aplausos frenéticos del público que premiaba así su acción heroica.

En la Asistencia Pública, mientras le curaban, pensó de nuevo en los suyos.

—¡Pobre Marta! — se decía —. ¡Qué susto más espantoso va a llevarse! ¡Qué pena tan terrible le quedará después del susto!...

Los médicos admiraban su serenidad. El viejo, continuando el curso de su pensamiento, seguía su monólogo interior:

—¿Y Javier? ¡Pobre Javier! ¡Cómo va a sentir mi inutilidad momentánea! Ya no podré sacarlo a paseo, ni servirle de camarada y de guía hasta sabe Dios cuándo.

Con el pensamiento fijo en los suyos no sentía el dolor de las quemaduras ni las molestias de la cura. Cuando creyó estar listo, dijo al médico de guardia:

—Doctor, quiero que me lleven cuanto antes a mi casa, y me atrevo a rogarle que haga que me acompañe una persona prudente que sepa prevenir a mi hija y a los míos para que la noticia de lo acaecido les haga el menor daño posible.

Todos estaban maravillados ante la entereza de aquel viejecito que sólo se preocupaba de los demás y sabía reprimir y hasta olvidar el propio dolor por ellos. ¡Admirable ejemplo para los hombres, para los niños, para todos, el que daba aquel valeroso anciano!

El médico de guardia, conmovido como pocas veces en su vida, dándole cariñosas palmaditas en el hombro, le dijo:

—Es usted un héroe, amigo mío; un héroe de verdad.

—No tanto, doctor, no tanto. No hay que extremar las cosas. Soy un viejo no más, que no ha podido contemplar indiferente que se achicharrase una madre, que por el hecho de serlo es ya respetable y digna, y un chiquillo en el cual pudiera encerrarse el porvenir de la patria y de la humanidad.

Todo se hizo como el sereno y animoso anciano deseaba, y pronto se encontró entre los suyos que le recibieron entre lágrimas y lamentos, y que no se habrían enterado de su acción heroica, si al otro día “La Prensa” no le hubiera hecho justicia, encomiando en párrafos elocuentes y llenos de emoción su bello acto que lo elevaba a la categoría de los héroes.

Fué una fatalidad, una fatalidad terrible que la ciencia no pudo evitar, a pesar de haber puesto sus servicios en manos de sus más afamados cultores: el abuelo quedó completamente ciego.

Sobre el corazón de los que rodeaban al héroe cayó la tristeza como una nube oscura y agobiante más oscura que la misma ceguera.

Marta, la hija, sintió como un recrudecimiento de su gran cariño al padre que tan bueno había sido siempre para con ella y para con todos. Extremó naturalmente sus cuidados, fué con él más cariñosa que nunca; quería mitigar el dolor que debía sentir su padre, un dolor sin lamentos, con las incomparables dulzuras de un amor activo que se manifestase ardiente a toda hora.

El viejo, que fué durante su vida un hombre generoso, sentía con más intensidad la aflicción ajena que la propia, y parecía tener un don excelso de adivinación. Si los ojos de su cuerpo no veían, los de su espíritu gozaban de tan espléndida visión que parecían vislumbrarlo todo. Así los que estaban cerca de él pudieron escuchar con frecuencia diálogos como el siguiente:

—¿Por qué lloras, Marta?

—Pero si no estoy llorando, papá.

—A tus años está muy mal que adquieras un vicio horrendo que no has tenido nunca.

—¿Qué vicio?

—El de mentir.

—Papá, pero...

—Es inútil que me lo niegues. Aunque lo haces muy en silencio, yo sé que estás llorando, que estás siempre triste, que lloras mucho cuando estás lejos de mí, y eso no está ni medianamente bien, porque si continuas así puedes enfermarse, y todavía te necesita mucho tu hijo y me haces bastante falta a mí.

—Papá...

—Y sé que lloras por mi ceguera. Yo quisiera convencerte, hija mía, de que no debes sufrir demasiado por eso.

—¿Pero te parece poca desgracia?

—No quiero negarte que no es una suerte de la que debamos regocijarnos; pero yo ya había visto casi todo lo que

hay que ver en el mundo y si algo no vi fué porque no quise verlo. Ahora, por un simple acto de la imaginación, puedo volver a ver cuando quiera lo que ya he visto.

—¡Qué bueno eres, papá!

—¿Crees tú que la falta de vista puede impedirme ver tu cara tal y como es, con esos hoyuelos graciosos y esa tersura admirable de fruta en sazón? No sé por qué habéis de tener una pena mayor que la mía por eso que creéis una desgracia horrenda, cuando acaso sea un gran bien para mi espíritu.

Javier, hijo de Marta, que había cumplido ya los seis años, escuchaba con gran atención estas conversaciones. También él estaba muy apenado por la falta de vista del abuelo. Se acordaba de los largos paseos que daba con él y de sus claras explicaciones de todo lo que al paso veían. ¡Cuántas cosas sabía el abuelo y qué bien las daba a conocer! Cuando durante sus largas excursiones se sentaban a descansar, el abuelo sacaba de sus bolsillos inagotables alguna cosa que comer que le resultaba al muchacho tanto más rica cuanto mayor había sido el ejercicio realizado. ¡Y cuidado si era buen compañero el abuelito para él! ¡Si le había enseñado hasta a tirar piedras!... También eran deliciosos los cuentos que narraba con cualquier motivo. ¡Con qué gracia contaba “El cuento de nunca acabar” y el de “El ratoncito Pérez”! ¡Si se le caía a uno la baba de oírlo!

Y una tarde, mientras el abuelo tomaba el sol en la galería, Javier se acercó a él y le dijo:

—Oye, abuelito; ya que estás bien de las quemaduras, ¿por qué no salimos a paseo como antes?

—¡Ay, Javierito! Antes podía yo servirte de guía, enseñarte a salvar los malos pasos, evitarte contratiempos. Tu madre se quedaba tranquila confiando en mí...

—¿Y por qué no puedo ser yo ahora el que te guíe y

te advierta? No te pienses que soy tonto, no. Ya sé que ahora no podré ir corriendo como antes, ni separarme de ti por cualquier tontería. Iré siempre a tu lado como un buen compañero.

—¿Tan juicioso te has vuelto? — preguntó el abuelito, cuya cara se iluminó con una sonrisa.

—No es eso; no quiero engañarte. A mí me gusta mucho jugar y correr, y, cuando tú te sientes en un sitio seguro para descansar, entonces correré y jugaré; pero cerquita de ti, muy cerquita de ti, teniéndote siempre al alcance de mi vista y estando yo al de tu voz, para que no tengas que llamarme dos veces si me necesitas.

—Está bien eso, Javierito; está muy bien... Y ahora pienso que sí es posible que podamos reanudar nuestros paseos por el campo.

—¡Claro que sí, abuelito! Y oye, mientras vayamos despacio, muy despacio, para que tú no tropieces ni te caigas, yo iré explicándote todo lo que vea y así será como si tú lo vieras también.

El abuelo se sintió invadido por una oleada de ternura que le hacía intensamente feliz y exclamó:

—Ven aquí; que te voy a dar un abrazo muy apretado y un montón grandote de besos.

Y mientras acariciaba al nieto, conmovido, decía:

—Pero, ¡caramba! Si se me figura que has crecido tanto, tanto, que eres un gigante como aquellos bondadosos de los cuentos que sólo saben hacer el bien. Vale la pena vivir, aunque sea a oscuras, como yo vivo ahora, para tener un nieto como tú. ¡Caramba, caramba, cuánto vale mi niño!

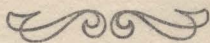
Cuando supo Marta el trato que acababan de hacer abuelo y nieto se alegró mucho. ¿Cómo no se le había ocurrido a ella la continuación de los paseos? El mucho cariño que sentía por ambos le había privado de comprender la conve-

niencia. Fué el miedo de juntar dos inutilidades, que acaso no pudieran valerse, lo que le impidió pensar en aquel gran bien.

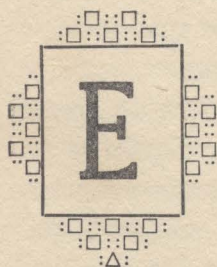
Desde aquel mismo día se reanudaron los paseos. Javier resultaba un excelente lazarillo. Durante la marcha se volvía todo ojos, se fijaba en las menores desigualdades del terreno, para advertir al abuelito oportunamente y evitarle tropiezos. Iba con toda el alma puesta en su noble misión de guía.

Y al volver, el abuelo decía alborozado:

—¡Marta, Marta! Ya lo veo todo; vuelvo a verlo con unos ojos de niño que se sorprende ante la delicada belleza de un ala de mariposa y de las nubes rosadas por los últimos rayos del sol. Ahora con estos ojos infantiles vuelvo a contemplar muchas cosas en que hacía muchos años no me fijaba. Los ojos de tu hijo han venido así como a resucitar los del abuelo.



En compensación



El doctor Solana adquirió una hermosa quinta y decidió pasar en ella unos meses acompañado de todos los suyos. Los “suyos” son: su esposa, la mamá de su esposa — una santa mujer que pasa de los setenta, algo entorpecida por la edad — un hermano de ésta, de cincuenta años, y los servidores de la casa, que no son pocos.

He dejado para el último al hijo del doctor Solana, aunque le corresponda figurar el primero, porque, a más de ser el dichoso héroe de la historia que me propongo narrar, donde se encuentre Federiquín, que así se llama, se destacará siempre como un gigantón inconmensurable.

Gigantón inconmensurable, dije, y no me vuelvo atrás, aunque al presentároslo tenga que deciros que Federiquín es un niño chiquitito que no llegó todavía a los siete años; pero que, a pesar de eso, allá donde se encuentra lo llena todo, completamente todo, de tal manera que, cuando falta

él, la mamá, la abuelita y el papá convienen en que el mundo está vacío.

Huelga decir lo muchísimo que lo quiere la abuela, que anda loquita por Federiquín; se queda embobada contemplándolo, no sabe dónde ponerle, no acertaría a vivir sin él, y es, por lo tanto, defensora sagaz y decidida de sus mayores travesuras. Porque Federiquín es travieso si los hay. Ahora en el campo, al que ha ido por primera vez, lo trae todo revuelto. Cuando juega en las habitaciones con su gran pelota de football, que maneja torpemente, no deja títere con cabeza; si sale con su pelota al jardín, estropea las plantas; si entra en la quinta, deja alguno de los cuadros de verdura como si hubiera caído sobre él una espantosa tormenta de granizo. Lo peor de todo es que, a lo mejor, desaparece corriendo detrás de un pájaro o de una mariposa y da a la abuela y a la mamá unos sustazos morrocotudos.

El primer día pusieron en la mesa a la hora de almorzar unos platitos llenos de rábanos que a Federiquín le parecieron preciosos. Echó mano a ellos vivamente creyendo encontrarse con la más jugosa de las frutas; pero, naturalmente, se llevó un gran chasco. Al morderlos los encontró picantes, de un sabor horrible, y se apresuró a escupir lo que en la boca tenía, causando el regocijo de los comensales que se rieron bonitamente de él.

No le parecieron buenos los rábanos, no; pero le resultaban muy bonitos, tan colorados, tan redondos, y pensó que si no eran muy a propósito para comer podían servirle admirablemente para jugar.

Después del almuerzo fué al jardín, recorrió toda la quinta y acabó por salir al campo sin decir nada a nadie.

La madre fué la primera en notar su ausencia.

—¿No estaba contigo Federiquín, mamá?

—No; creí que estaba contigo. Hace mucho rato que no le veo.

—¿Dónde se habrá metido?

Le buscaron infructuosamente por todas partes; las buenas señoras, alarmadísimas, preguntaron a todos. Nadie había visto al niño.

—¿Lo habrán robado, santo Dios? — preguntó la abuela, a la que parecía habersele salido el alma del cuerpo.

Todos los de la casa se pusieron en movimiento. El papá, el tío, el jardinero, el quintero..., se apresuraron a salir en busca de Federiquín. A pie unos, a caballo el papá y el tío, y todos llamando a voces al niño salieron de la quinta, mientras que la abuela y la mamá quedaban en la puerta en una ansiedad terrible, figurándose que habían de verle volver en el más lastimoso de los estados.

Por fin, volvieron con él. El padre lo traía en su caballo. Le encontró en el bosque próximo, sano y salvo, con los bolsillos llenos de piedras, pues era muy aficionado a tirarlas.

—¿Dónde estuviste? ¿Qué te pasó?

Le acosaron con tal cúmulo de preguntas que no le dejaban tiempo para contestar. Por fin, después que la mamá y la abuela hubieron palpado todo su cuerpo en busca de posibles contusiones, pudo decir:

—Fuí en busca del árbol que da los rábanos, ¡y no lo encontré!

Había para matarle; pero pasado el susto nadie se atrevió a reñirle; antes bien, todos rieron de la inocencia de Federiquín que se alejaba de la casa hasta perderse en busca de un árbol que no existía.

El tío se encargó de explicarle gravemente que no hay árboles que produzcan rábanos y que éstos nacen y crecen debajo de la tierra.

Y como la explicación del tío, a pesar de ser muy clara

no fué completa, no pudo evitar con ella que el chiquillo pelease una hora después con el quintero que vino a quejarse de que Federiquín, con una azadita que le compraron al salir de la ciudad, no dejaba planta en pie, por buscar aquellas bolas coloraditas que se llamaban rábanos.

No pasaba hora sin que Federiquín dejara de hacer algún disparate. Sólo se portaba como una persona seria cuando por la mañana ayudaba a la abuela a limpiar la canariera, que estaba pobladísima de preciosos canarios. Era la gran chifladura de la paciente señora; no consentía que nadie los cuidase. Se miraba en sus canarios. Federiquín se encargaba de echar puñaditos de mijo, alpiste y semilla de nabo en los comederos para que los canarios no pasaran hambre. Traía agua en una regaderita y se sentía servicial y orgulloso de ser útil. Gran parte de la mañana la empleaban en esta operación. Federiquín se entretenía en raspar con mucho cuidado las tablitas con un cuchillo viejo y sin filo. La abuela aprovechaba la ocasión para reprender dulcemente al nieto.

—Tú no debes ser tan malo, hijito. No olvides los grandes disgustos que llevamos tu papá, tu mamá y yo, y hasta tu mismo tío que se hace el indiferente, cuando cometes alguna de esas maldades que espantan. Ayer te has pasado la tarde tirando piedras a los pajaritos que ningún mal te hacen. Panchita, la criada que cuida del gallinero, me dijo que habías entrado con un palo.

—Es que me gustan mucho los pajaritos de las gallinas.

—Esos se llaman pollos y no pajaritos. Pero el que te gusten no justifica que los persigas con un palo.

—No los perseguía, abuelita; al que quería darle un buen palo era al gallo que, valiéndose de que es tan grandote, quiere picarles a las gallinas.

—Tú no eres quién para maltratar al gallo. Si papá se

entera de lo que haces, te va a dar una buena cantidad de azotes.

En estas conversaciones salían a relucir muchas de las diabluras que hacía Federiquín.

—Si quieres que yo siga defendiéndote y haciéndote regalitos, es menester que me prometas ser más bueno en lo sucesivo.

—Bien, abuelita; no hablemos de eso ahora.

—Te diré, hijito — solía agregar la bondadosa abuela, ante el temor de resultar pesada —: yo no encuentro mal todas tus travesuras; algunas, hasta me hacen gracia. Pero debieras hacer algo bueno también; un niño que hace cosas buenas resulta encantador solamente por eso. ¡Calcula cómo resultarás tú de divino, siendo ya tan encantador, si, en compensación de las obras malas, realizas alguna buena de esas que revelan en el que las hizo un buen corazón.

Federiquín acabó por prometerle a la abuela, tras uno de estos dulces y persuasivos sermones:

—Descuida, abuelita. Por lo que tú me quieres, por el amor de mi mamá y por lo buenos que son para todos papá y el tío, yo voy a hacer todas las cosas buenas que pueda.

Aquella tarde le sorprendió el tío en el momento en que se disponía a arrancarle las plumas de las alas, para que no pudiera volar, a un gorrión que había tenido la mala ventura de caer en un “cazagañotes” traicionero puesto por él.

—¿Qué vas a hacer, Federiquín?

El chico explicó sus intenciones, agregando:

—No quiero que se me escape este pájaro tan bonito.

—Pero lo que pretendes es una crueldad y yo no quiero que seas cruel. ¿Qué dirías tú si un gigante se apoderase de tu mamá, de tu papá, de tu abuelita y les arrancara las piernas para que no pudieran volver a casa? No, no, que-

ridísimo Federiquín. Hay que ser más piadoso en la vida. Este gorrión que, según veo, es una hembra, vale decir, una mamá, tiene seguramente un nido; en él le esperarán sus hijitos, que se morirán de hambre, si tú, arrancándole las plumas de las alas, le impides volver a llevarles la comida que ellos no pueden salir a buscar. Y los desventurados hijitos, que no tienen todavía plumas para volar, llamarán inútilmente diciendo: ¡Pío!... ¡pío!... ¡pío!... Que es como si dijeran ¡mamá! ¡mamá! ¡mamá!

—No me riñas más, tío —atajó Federiquín con lágrimas en los ojos—. ¡Mira!

Dió un beso al pájaro que temblaba en sus manitas, diciéndole:

—Vete a cuidar a tus hijitos.

Y le dejó libremente.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! — exclamó el tío entusiasmado—. Así deben portarse los niños buenos.

Sentóse en un banco con Federiquín y, encontrando el momento propicio, siguió diciendo:

—El mejor don de que pueden disfrutar en la vida todos los seres es el de la libertad. Los pajaritos han nacido para volar libremente, refugiarse en las copas de los árboles y alegrar la naturaleza con sus cantos. Soltar a ese pobre gorrión que tenías prisionero ha sido una obra muy buena que te ennoblece a mis ojos y me hace perdonar todas las picardías que hayas podido cometer en un año. Y ahora vamos a romper ese horrible “cazagañotes” y a no volver a acordarnos de él.

Puedo aseguraros que Federiquín estuvo aquel día más contento que nunca. La buena acción que realizó, gracias a la oportuna intervención del tío, le tenía así como regocijado. Empezó a sentir más cariño a las aves. En cada una veía a un papá o a una mamá que se afanaba para alimen-

tar bien a sus polluelos y que cantaba alegremente bendiciendo la gracia de la libertad.

La buena semilla que los excelentes consejos del tío encerraban cayó en buen terreno y empezó a fructificar en el corazón de Federiquín, que pensaba:

—El tío tiene razón; la abuelita tiene también razón, y mamá y papá. Hacer el bien cuesta muy poco trabajo y además proporciona alegría.

Claro está que no por esto dejó el chiquillo de hacer diabluras; pero es justo confesar que empezaron a ser menos frecuentes, y que de paso iban en aumento las buenas cosas que silenciosamente hacía.

Lo que más arraigado estaba en él era la maldita costumbre de tirar piedras a diestro y siniestro. Las tiraba sin reflexionar. Y una tarde, sin querer, ocasionó un gran daño: descalabró a una pobre vieja que visitaba con frecuencia la quinta. La mamá, que sentía por ella gran simpatía, solía socorrerla con largueza. Federiquín la llamaba por eso “La pobre de mamá”.

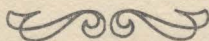
La desventurada viejecita sintió el golpe, pero no vió al que tiró la piedra. Fué una herida pequeña, pero de la que brotó la suficiente sangre para que Federiquín se asustase, seguro de que acababa de cometer por su atolondramiento un horrendo crimen.

En la misma quinta curaron a la pobre; la curó mamá con sus manos suaves y piadosas. Federiquín contemplaba la escena, tembloroso y pálido. Pensaba en que para compensar aquel gran mal que acababa de ocasionar le correspondía hacer un gran bien, como le aconsejara tantísimas veces la abuela. ¿Pero qué gran bien haría?

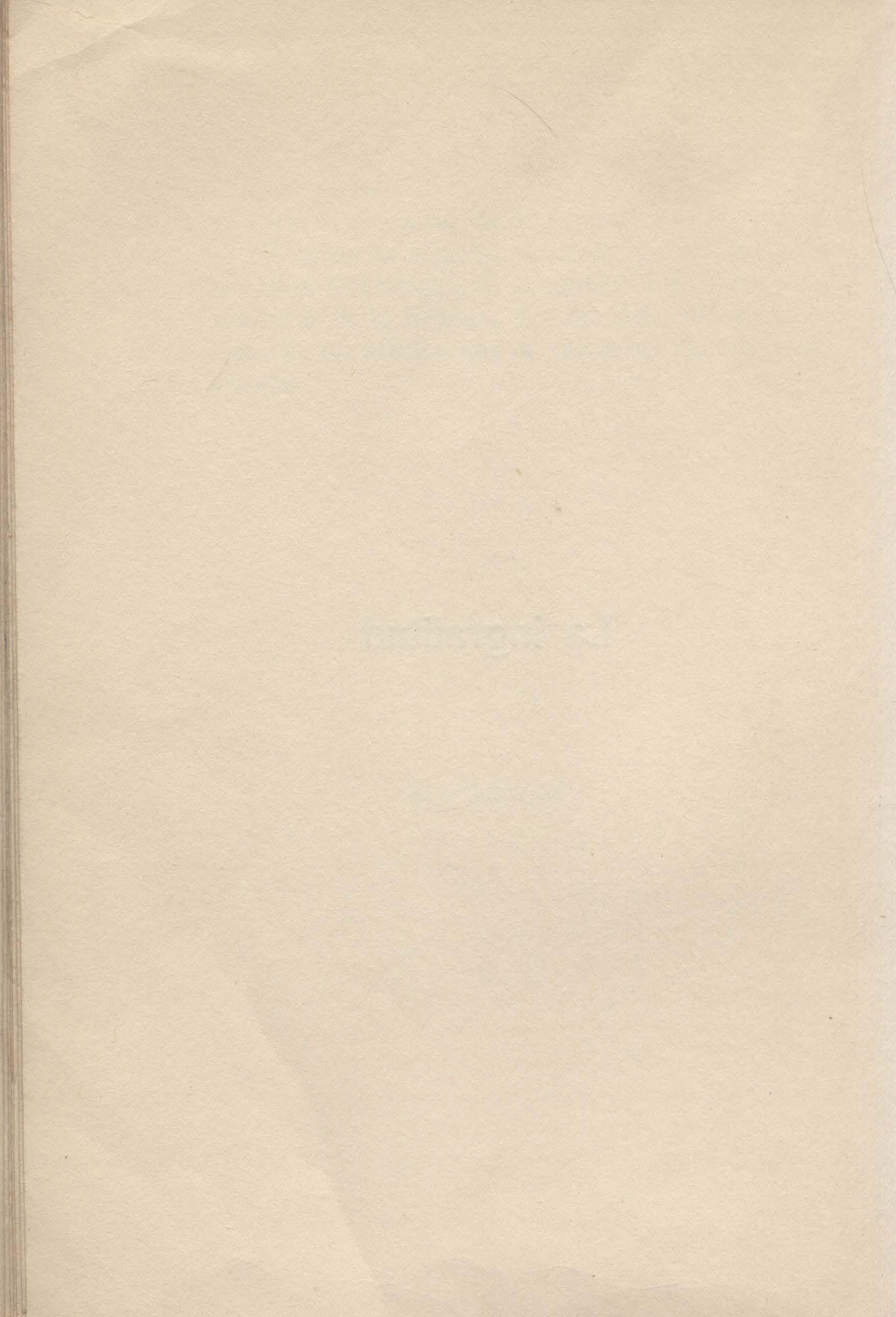
Al pasar momentos después por la galería y ver la canariera poblada de bulliciosos canarios, se acordó de lo

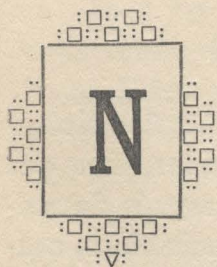
que le había dicho su tío el día en que cayó en su “caza-gañotes” aquel gorrión.

Y, ni corto ni perezoso, abrió las puertas de la canarie-ra y vió, rebosante de alegría, cómo las primorosas aves amarillas salían alegremente de la jaula e iban libres y felices a disfrutar de la libertad, don del cielo, refugiándose en las copas de los árboles, que se animaron, llenándose de cantos y trinos.



La ingratitud





EGÁBASE el sueño a posar sobre mis ojos sus dedos suaves e invisibles; desde el anoche- cer a la hora de cenar estuve metido en un rincón de la cocina. Contáronme los criados cuentos “de miedo”, que escuché con aten- ción profunda, con los ojos muy abiertos

por el espanto y la boca más abierta que los ojos, y los hom- bres barbudos de caras patibularias, los asesinos, los vio- ladores enmascarados, estaban allí en mi alcoba, acoqui- nando mi almita cándida de niño, crispando mis nervios, produciéndome cruel insomnio cuajado de visiones aterran- tes. Al cerrar los ojos, veíalos claramente, con mi imagina- ción exaltada, acercarse amenazadores, como para destro- zarme entre sus manazas espantosas. Los abría, y desapa- recían, ocultándose en los rincones; pero desde allí me mi- raban con sus ojos fosforescentes, como los tigres que ace- chan...

—¡Mamá!... ¡Mamá! ¡Tengo miedo!... ¡Mucho mie-

do!... Dame la mano... Apriétame bien. Así... ¡No te vayas!

Y mi madre, con santa paciencia, puso una mano breve, suave y acariciadora entre las mías, que se aferraron a ella desesperadamente. Después me hizo rezar muchos Padrenuestros por las benditas Animas, muchos Credos al Sagrado Corazón de Jesús, muchas Salves a la Virgen Santísima; pero ni la Virgen, ni el Sagrado Corazón, ni las Animas, ni el largo y cansado rezar distrajerón mi imaginación, donde se agitaban los fantasmones de caras patibularias que producían mi insomnio.

Dolíanme las manos de tanto apretar las de mi madre, y, temeroso de que mis fuerzas resultasen escasas para retenerla, gemí:

—No te vayas, mamá...

Y a poco:

—Mamá, cuéntame un cuento.

Porque no era bastante a vencer el miedo, señor tiránico de mi espíritu, sentir su mano entre las mías, sino que necesitaba oír su voz, dulce y musical, que después de muchos años de lucha y de dolor, aun resuena en mis oídos, acariciadora y tierna, animándome y confortándome.

—Este era un rey, un rey muy bondadoso y muy santo: mira tú si sería bondadoso y santo que se parecía a tu abuelo. Amaba de tal modo a sus vasallos, que eran su constante desvelo, y durante su soberanía supo componérselas de manera que no faltó nunca a sus súbditos ni pan, que es la alegría del cuerpo, ni paz, que es la satisfacción de los espíritus, ni amor, que es la vida y el regocijo de los corazones. Para él no se hicieron las armas, ni las congojas crueles de la guerra, ni había en el mundo miserias irremediables ni existían las malas pasiones. Si castigaba alguna vez, hacía lo con gran pesadumbre de su corazón y con tan pater-

nal suavidad que más valían y eran estimables los castigos de aquel rey, todo bondad y justicia, que los favores que otros otorgan. Porque en el favor, hijo mío, está la mengua del que por favor recibe, y nada enaltece tanto al hombre como el no aceptar más de lo justo ni le rebaja tanto como el ser favorecido hasta la injusticia.

Este rey de que hoy te hablo era justo, santo y grande. Tenía la barba luenga, blanca y venerable como los apóstoles, y la tez sonrosada y fresca como los niños. Dijérase que la garra implacable de los años no hacía mella en él.

El rey, que tenía un hijo orgulloso y truhanesco, iba siempre acompañado de un gran señor, especie de secretario y amigo íntimo, en el cual pusiera toda su confianza. Este señor era su único séquito.

Iban los dos humildemente por los caminos y por las poblaciones del reino, pacientes y magnánimos, socorriendo necesidades, consolando dolores, confortando espíritus. Con la misma sonrisa bondadosa entraban en la cabaña y en el palacio, y los más infelices eran los que con más asiduidad escuchaban sus consoladoras palabras. Era un grave, solemne y laborioso reinar. Como un padre cariñoso y tierno cuida de sus hijos y provee en la medida de sus fuerzas a todas las necesidades, así él cuidaba de sus súbditos y pueblos, y, con ser su nación inmensa, tanto conocía los apuros de Juan como los de Pedro. No había ciencia, arte ni industria que no le debiera su desarrollo y su florecimiento.

Y ocurrió que, la bondadosa liberalidad del rey y la dulce familiaridad con que tratara siempre a los necesitados de apoyo y consuelo, sembraron el descontento entre la nobleza.

Necesitaba ella un rey que fuese menos sensible a las desgracias de la clase baja, ruín y soez; un rey que, despreciando a los pedigueños, diese fiestas y aumentase con

esplendores orgiásticos los esplendores del reino; un rey divertido y alegre, partidario de las bárbaras glorias de la guerra, amigo de la caza, sacerdote del amor bullicioso; un rey con séquito brillante que no arrastrase la dignidad real por los campos yermos, por los asquerosos hospitales, por las viviendas mal olientes y sucias de los sórdidos mendigos; un rey noble, que velase celoso por conservar la sublime pureza de su alcurnia; un gran rey.

Dieron comienzo los nobles a su labor demoledora, y ayudados por aquel príncipe crapuloso y truhanesco, enviaron emisarios a todas partes para sembrar el descontento, la desconfianza y la discordia. Llenaron los corazones de odio con halagüeños discursos, y, como la mala semilla nace pronto y crece mucho, las perturbaciones tardaron poco en empezar.

Un día el bondadoso soberano encontróse a un campesino, que le dijo con irreverencia:

—Tú resultas excelente para abuelo; pero estás muy lejos de ser un gran rey; un buen soberano no debe manchar sus sandalias arrastrándolas por el barro de los caminos.

—Hijo mío — repuso el rey, — Dios que puso la bondad en mi corazón, me dió también el reino para que velase por vuestra felicidad. El que desconoce el dolor, mal puede consolarlo. Los hombres fuertes no deben retroceder ante el lodo.

Siguieron andando. Era por un camino como el del deber y la justicia; estrecho, penoso y largo.

Preguntó el amigo del rey por qué no castigaba al labriego impertinente.

—Si dijo lo que sentía, no cometió pecado; porque nadie mejor que los reyes deben saber el concepto que merecen a los hombres; mas si habló por lo que otros dijeran,

aunque sus palabras resultasen pecaminosas, el pecado no sería suyo; nada tan inocente como un loro blasfemo.

Iban hacia una ciudad en que la miseria y la desventura hicieran su presa. Al llegar vieron un grupo de hombres que se acercaba a ellos. Era una comisión de ciudadanos.

—Venimos a decirte — habló el que los capitaneaba — que ya es hora de que abandones el cetro a manos que lo manejen con más vigor que las tuyas; la vejez te entorpece, y chocheas; quieres ser un apóstol del bien, y repartes tus limosnas entre los hombres, humillándolos. Es afrentosa tu caridad y sólo la ejerces para demostrar a los desdichados, con un socorro minúsculo, que tienes más que ellos y que la bondad reina en tu corazón. Más te valiera arreglar las cosas de modo que todos fuesen felices sin tener que someterse a la vergüenza de tus dádivas.

Apesadumbrado, compungido, el rey bajó la cabeza y no entró en la ciudad ingrata.

Aun fué mayor la irreverencia en otros lugares. Un hombre a quien favoreciera en sus apuros y consolara en sus aflicciones repetidas veces, se atrevió a decirle con grosera osadía:

—Vives como un mendigo, para no gastar como un rey. Otra cosa fuera de tus pueblos si supieras vivir sin tacañería como corresponde a los grandes.

Lágrimas de compasión infinita rodaron por las mejillas del rey y fueron a perderse entre las alburas de su barba venerable.

En otro lugar, le apedrearon, y ni siquiera alzó su brazo misericordioso para maldecir...

Te juro, hijo mío, yo que no he jurado nunca, que aquel era un santísimo rey.

Gimiente y dolorido su compañero, clamó:

—¡ Señor! ¡ Señor! Tus vasallos se han vuelto locos. Hay que castigarlos ejemplarmente.

—¿ Quién habla de castigar? — replicó el rey. — ¿ Quién nos dice que esos desgraciados no tienen razón? ¿ Acaso puede asegurar nadie que cumple estrictamente su deber?

Y alzando las manos al cielo piadosamente, como apóstol, que se prestara a bendecir:

—La voz del pueblo es la voz de Dios — dijo.

Y con resignación admirable e infinita prosiguió su camino, tembloroso, mudo, contristado.

Camina, camina, llegaron a la corte. También allí reinaba el descontento. Por todas partes pedían un rey que supiese divertir donosamente a sus vasallos; un rey que en corcel fogoso asistiese a las grandes paradas, vestido de púrpura y de oro, brillante, esplendente, cegador, como el astro soberano.

Llamó a los nobles, que acudieron con prontitud no vista, como si esperasen el llamamiento. Acudió también el príncipe. Iban con la cabeza baja, como criminales a vista de sus jueces; algunos, avergonzados, no se atrevían a mirar al rey.

Con voz serena y firme, tomando una actitud digna, sacerdotal, solemne, como quien cumple con majestad venerable un mandato divino, habló:

—La voluntad de los reyes sólo debe llegar hasta donde alcance la voluntad de los pueblos. Mi pueblo acaba de darme patentes pruebas de que no quiere ser gobernado por mí; y yo, ante Dios y ante los hombres, abdicó en mi hijo todos mis poderes y derechos reales.

La nobleza, con señaladas muestras de júbilo, rodeó al príncipe y olvidó al que tan dignamente acababa de abdicar.

Cundió la noticia; el pueblo, se entregó a regocijo in-

moderado y, creyéndose dueño de la felicidad, aclamó con entusiasmo al nuevo rey... Y esclavo de la negra ingratitud, no paró la atención en dos ancianos, pacientes y humildes, que recorrían resignados los caminos y salían del reino para siempre.

.....

El nuevo rey tuvo una nobleza que le prestó sus deslumbrantes esplendores, un ejército que le hizo temible, un séquito incomparable. Daba bulliciosas fiestas donde reinaba la crápula y los nobles eran ultrajados... Y sólo en las grandes solemnidades asomábase al balcón con gesto displicente y cansado, para que le vieran sus súbditos.

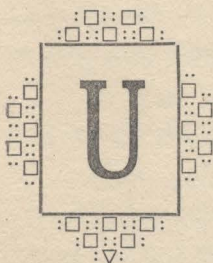
Experimentaron los pueblos horrible malestar; acosados por la miseria y la desventura, nadie se curaba de su suerte, y cuando quisieron quejarse clamorosamente, los vistosos batallones los redujeron al silencio con la amenaza y con la fuerza...

Tan verdad es, hijo mío, que muchas veces los hombres tienen en menos y desprecian lo que les da la libertad y la vida para hacerse esclavos de lo que es origen de miseria y de muerte.

En aquel reino aun sufren y lloran su ingratitud, y esperan con ansiedad la llegada de un rey que sea parecido a aquel tan ingratamente destronado y que era tan bondadoso, tan justo y tan santo como tu abuelo.



La conversión de Alfredo



NA VEZ hubo un niño llamado Alfredo, a quien gustaba poco ir a la escuela.

Yo no sé de dónde nace esta adversión de los niños hacia la escuela. Debe ser una cosa instintiva. La escuela pretende que los niños adelanten y lleguen a hombres de provecho; y si bien los niños, engatusados algunas veces por las apariencias, siempre falaces, desean llegar a hombres, el instinto les dice que sería mucho mejor que permaneciesen niños. Sin duda éste es el mejor argumento para probar la lógica que es la repugnancia con que mira la escuela la generalidad de los pequeñuelos del mundo.)

Pues bien; mi niño, quiero decir, el niño de mi cuento, a duras penas, y a fuerza de los coscorriones paternos — coscorriones que le propinaban con las mejores intenciones del mundo; pero coscorriones al fin, — pudo aprender a leer, y, a los diez años cumplidos, pasó de segundo a tercer grado.

Los maestros le resultaban intratables y profundamente antipáticos; no congeniaban con él, que era excesivamen-

te franco y diabólicamente travieso, y se le ocurrían cosas que eran consideradas en la escuela como el colmo de la falta de educación.

Cierto día, el padre del niño recibió una carta de la maestra del grado, citándole a la hora de clase. El pobre señor acudió a la cita con toda puntualidad, y supo, por boca de la encargada de darle educación a su hijo, que su diabólico engendro había obligado a pasear a la señorita por medio Buenos Aires, ostentando un cartelito, prendido a su espalda con un alfiler, que decía: “¡Cuidado con la pintura!”

Y no había que dudar; lo del cartel había sido cosa de Alfredo; se conocía por la letra...

La señorita del grado pidió a aquel pobre padre compungido que castigase a Alfredo con toda severidad, por su desvergüenza.

—Si el hijo de usted sigue así — sentenció —, se perderá.

El buen señor, contemplando a la maestra, comprendió que, si de algo había pecado Alfredo, era de buena intención. La cara de la señorita estaba pidiendo a voces el cartel preventivo. A pesar de lo cual aplicó al niño unos azotes, con los que aprendió el muchacho, que si es un gran bien conocer la verdad, acaso el mejor signo de educación y cultura esté en callársela...

La repetición de disgustos por el estilo obligó al padre a pensar:

—Este muchacho mío necesita una mano más dura que la de una mujer.

Y lo trasladó a una escuela donde los niños eran educados por hombres.

Alfredo supo entonces por experiencia que algunos maestros se parecen a ciertas maestras en que desconocen

por completo el difícil arte de lidiar con los niños. El profesor que le tocó en suerte era un pedante ridículo de esos que por el hecho de cobrar un sueldo miserable, pero mal ganado, se creen los seres más importantes de la creación, la fragua — como él decía pomposamente — donde se forjan las ruedas del progreso.

Esta fragua no pudo hacer de Alfredo una rueda, aunque en realidad, le obligó a rodar nuevamente. Porque el maestro había leído un nuevo método para enseñar gramática, lo había aprendido mal, y, a lo mejor, se encaraba con un muchacho y le preguntaba:

—¿Qué hace el perro?

El niño, sorprendido, miraba a un lado y a otro, y, por fin dirigía la mirada al techo. Inmediatamente, la pregunta era dirigida a otro discípulo:

—¿Qué hace el perro?

—El perro... el perro... come.

—No, señor; no es eso. ¡Es usted un mentecato!

Porque había que adivinar lo que quería el maestro que hiciera aquel perro imaginario. Llegó el turno a Alfredo.

—A ver, tú: ¿qué hace el perro?

Y el niño, con aquel su desparpajo gracioso y natural, se le ocurrió recordar algo que hacía el perro de su casa al salir a la calle y respondió:

—Pues el perro levanta la pata y...

Los niños prorrumpieron en una carcajala. El maestro gritó:

—¡Es usted un grosero indecente! ¡En penitencia! ¡Habrás visto!... Y para que aprenda a no burlarse de mí, va usted a llenar diez hojas de su cuaderno con la siguiente oración: “El perro ladra”.

Pareciéndole poco el castigo, escribió al padre de Alfredo una carta en la que le decía que su hijo era un des-

vergonzado y que, si no le corregía enérgicamente, el muchacho se perdería.

Tropezando en una escuela y cayendo en otra, logró llegar Alfredo al sexto grado, cuando ya había cumplido quince años.

El primer día de clase quedó gratamente sorprendido; aquel señor sencillo, sonriente, amable no parecía un maestro. Había designado puesto a los niños, y, después de pasar lista lentamente, se había quedado contemplándolos en silencio. Luego, con voz suave, empezó a hablar:

“—Desde hace quince años, estoy aquí, en esta escuela, educando niños. En todo este tiempo, no he tenido que verme en la necesidad de imponer un castigo ni la más ligera penitencia. Por eso quiero empezar rogándoos que pongáis todo vuestro empeño en que no quiebre yo mi costumbre de no castigar a nadie. Vamos a aprender juntos todo lo que podamos: somos compañeros, con la única diferencia de que yo soy mayor y podré servirlos de guía en algunas cosas. Quiero, ante todo, que seáis buenos, muy buenos, y quiero esto, tanto por el bien vuestro como por el mío; oíd: tengo hijos que son de vuestra edad, y si todos sois buenos, como lo han sido mis anteriores compañeritos, mis hijos tendrán más probabilidades de encontrar en la vida amigos buenos y yo podré vivir más tranquilo.”

Después de estas palabras, como aquel día no era cosa de empezar a dar lecciones, el maestro contó un cuento primoroso que escucharon los muchachos con la boca abierta.

El padre de Alfredo empezó a alarmarse; ¡cuatro meses hacía que empezara el curso, y no había recibido ninguna queja del maestro! A más, y esto era lo más extraordinario, los boletines mensuales eran tan halagüeños, que sospechó que su hijo lo engañaba, y se presentó un día en la escuela.

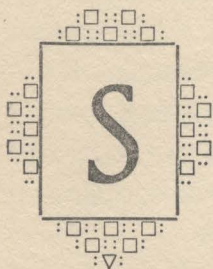
—¿Con que usted es el padre de Alfredo? Me complace su visita... Sí, señor, sí; el muchacho es de lo mejorcito que tengo en clase. Yo le quiero mucho, y estoy seguro de que él me quiere a mí también. Es muy ingenioso, muy vivo; estudia mucho, lo comprende todo, y ¡si viera cómo nos hace reir con sus ocurrencias!... Como compañero es franco, generoso y leal. A preguntón no hay quien le gane; hasta que no ha comprendido bien las cosas, no cesa. Le confesaré que venía algo atrasado... Pero ha sido muy atento... ¡Si todos los muchachos fueran así, como Alfredo!...

El padre, sorprendido, miraba con embeleso a aquel hombre que hablaba con entusiasmo y con cariño de los muchachos y que tan sorprendentes cosas le decía de su hijo. Y tomando entre las suyas la mano derecha del maestro, impulsado por la vehemencia de su agradecimiento, la besó conmovido, diciendo:

—¡Bendita la mano que sabe guiar! ¡Si todos los maestros fueran así!...



El miedo de Pirucho



¡ oís a la madre, al padre y al abuelo, Pirucho es un ser verdaderamente extraordinario. No siempre ha de ser verdad aquello de que nadie es profeta en su tierra. Pirucho, en su casa, es una especie de ídolo ante el cual, abuelo, padre y madre permanecen en religioso embobamiento. Me diréis que algo parecido ocurre en todas las casas donde hay chicos que corran, alboroten y mareen, y yo os daré la razón.

La admiración que abuelo, padre y madre sienten por Pirucho es, en este caso, razonable y justificada. Entre las cualidades sobresalientes que adornan al muchacho, hay una que se destaca vigorosamente entre todas: la de ser un gran observador. Ni el detalle más minúsculo se escapa a su mirada, y como está dotado de un talento clarísimo, a más de observar, analiza agudamente lo observado y suele sacar consecuencias que a él le parecen de una lógica aplastante.

Así, a sus cinco años, no ignora que, cuando un niño tira una piedra contra un farol y acierta a darle, el farol se

rompe con estrépito y el suelo queda como sembrado de cristalitos diminutos, de figuras variadas y caprichosas, que centellean al sol hasta producir deslumbramientos.

Ante la repetición de este hecho, que él ha comprobado con alarmante frecuencia, aunque de un modo bien discreto, para que nadie pueda sospechar que la piedra fué lanzada por sus pecadoras manos, ha deducido luminosamente que la culpa no es del niño, dedicado a tirar para ejercitar su puntería; ni de la piedra que va fatal y ciegamente al punto a que el hábil tirador la dirige, sino del miserable y pusilánime farol que, lleno de miedo, se encoge acobardado al recibir la pedrada.

A pesar de que en sabiduría y en el conocimiento de la llamada gramática parda le aventajan pocos, Pirucho experimenta un deseo vehementísimo de ir a la escuela. Este deseo le obliga a marear a su madre a cada paso, sosteniendo con ella diálogos como el siguiente:

—Dime, mamá: ¿por qué no he de ir yo a la escuela?

—Porque eres muy chico todavía, Pirucho.

—¡Muy chico! Tú te figuras que soy muy chico porque siempre me ves al lado del abuelo o de papá. Pero no quieres fijarte en que todos los muchachos del pueblo van y algunos son mucho más chicos que yo.

—Bueno, Pirucho; si tú te empeñas, irás el año que viene.

—Siempre dices el año que viene. ¿Y cuándo será el año que viene?

—Pues será cuando crezcas más y estés hecho un hombrecito.

—Pero ¿es que ahora soy una mujercita, mamá? Entonces, ¿por qué me has hecho estos pantalones con bolsillos y todo? Di que no quieres, más bien, y no me vengas con eso de que no soy un hombrecito.

Una mariposa que vuela, un pájaro que canta, una ramita que se mueve impulsada por el viento, hacen olvidar a Pirucho sus preguntas, y le obligan a correr por el jardín.

La madre descansa viéndole saltar alegremente; pero queda siempre con el alma en un hilo.

—No corras tan desatinadamente — le grita —. No vayas a caer y a romperte la cabeza. No te alejes mucho.

Parece que no supiera la madre que el hijo está sujeto a ella por el hilo misterioso e invisible que ata fuertemente y que está formado por el cariño.

Cuando menos lo espera, vuelve a ver a Pirucho que corre hacia ella, siempre con la interrogación en los labios o con el relato de un hecho que le ha sorprendido.

—¡Mamá, mamá! Los gorriones son malos y muy crueles.

—¿Por qué son malos y crueles los gorriones?

—Pues verás. Iba volando una mariposa por el jardín. Era una mariposa linda, muy linda. ¡Qué colores tan brillantes los suyos! ¡Parecía como si una flor fuera por el aire!

—Sí que sería bonita.

—Un gorrión andaba a saltitos, comiéndose una miguitas de pan que yo le había tirado. La mariposa no se metía con él; no le hacía nada, nada; lo que se llama nada, mamá. Seguía su vuelo como jugando, y a ratitos se paraba sobre las flores... Y, de repente, el gorrión voló hacia ella, la agarró con su duro pico y se la llevó. ¡Qué crueles son los gorriones! ¿Por qué se comen las mariposas, después de destrozarlas con el pico?

Siempre que encuentra ocasión, se sale a la puerta. A Pirucho le parece chica la casa, diminuto el jardín, la quinta una prisión. Necesita más aire, más libertad. Y él piensa que la libertad no está en la quinta, ni en el jardín, ni

en la casa. La libertad no se encuentra más que en la calle; la libertad, y la vida también.

¡La calle! ¡Qué deliciosa resulta para Pirucho la calle! Por ella transitan los carros, los carricoches, algún que otro automóvil, hombres montados a caballo, que algunas veces van a galope como si llevaran mucha prisa...; todos los que tienen algo que vender, pasan por allí. Y, sobre todo, los chicos que corren por la calle si se dirigen a la escuela y cuando vuelven. ¡Con cuánta envidia los ve Pirucho correr, jugar, cuestionar y chillar! ¡Oh, la calle! ¡Qué bien se está, aunque no sea más que contemplándola!

Le encanta a Pirucho aquella calle, que no es la principal del pueblo, pero en la que siempre que llueve se forman grandes charcos en los que es posible echar a navegar barquitos de papel. Luego, estos charcos, a medida que se van secando, se convierten en barrizales donde se atascan los carros. ¡Qué de cosas hacen y dicen entonces los carreros!

Pero lo que más llama la atención de Pirucho es ver pasar a los chicos de la vecindad, con sus carteras repletas de libros, lápices y papel. Se le van materialmente los ojos detrás de ellos, y se le figura que él no va a poder esperar al año que viene. Va a morir de impaciencia.

A más de su deseo de aprender, que es mucho, la escuela supone para él salir a la calle y poder recorrer las cuatro cuadras largas, cuadras de pueblo a medio edificar.

Un día Pirucho entró en su casa después de permanecer largo rato en la puerta. Como de costumbre, se fué hacia su madre.

—¡Mamá, mamá! Ha pasado la señorita maestra. ¡Y a que no sabes lo que me ha preguntado?

—¿Qué?

—Pues me ha dicho: Pirucho, y tú ¿cuándo vas a ir a la escuela?

—¿Eso te dijo?

—Sí, mamá; eso. Y cuando ella me lo preguntó, que es la maestra, será porque no soy tan chico como tú dices, y porque cree que estoy perdiendo el tiempo.

—¿Sí?

—¡Claro, mamá! Porque, si no, ella me habría dicho: “Cuando seas grande, irás a mi escuela”. ¿Por qué no me dejas ir a la escuela mañana mismo? Ya ves; la señorita me preguntó que cuándo voy a ir, y yo no supe qué contestarle. Con seguridad que ella que lo entiende no esperaría al año que viene, si yo fuera hijo suyo.

Pirucho es bastante trasnochador. Para él no llega nunca la hora de acostarse. Cuando, después de la cena, pretende la madre conducirle a la cama, Pirucho, entretenido en pintarraजार en las revistas que suele llevar papá, suplica siempre:

—Déjame un poquito más; es muy temprano; no tengo sueño.

Muchas veces, esto no es verdad; y tan no es verdad, que le basta apoyar la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa, para quedarse dormido.

Yo os ruego que no se lo digáis a nadie, pero creo que su resistencia a acostarse nace del miedo. Pirucho, tan atrevido y valeroso de día, pierde toda su soltura y todo su valor por la noche. Desde hace mucho tiempo, lo sacaron de la cama grande, cosa que no fué muy de su gusto, a pesar de que habían comprado para él una camita dorada, primorosa.

A Pirucho le pareció que la compra había sido una gana de gastar dinero inútilmente. El no necesitaba para nada la camita. ¡Dormía tan bien abrazadito a su madre!...

A su papá le quedaba sitio, mucho sitio para dormir a sus anchas, sin que le estorbara nadie. El no había deseado nunca dormir separado de su madre. Seguramente la adquisición de la camita había sido un desacierto. A más, la habían colocado lejísimos de la cama grande ¡casi a un metro!, y desde allí no podía ni darle la mano siquiera a su mamá cuando despertaba.

Pirucho sentía la tremenda angustia de encontrarse solo en medio de la noche, en que cualquier ruidillo le producía sobresalto y hacía latir precipitadamente su corazón.

Alguna veces se despertaba por la noche acosado por un miedo invencible y llamaba procurando hacer el menor ruido:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué quieres, Pirucho?

—¿Estas ahí?

—Aquí estoy, hijo mío.

—¿Muy cerquita?

—Sí, muy cerquita.

—¿Y estás despierta?

—Sí, Pirucho, muy despierta. ¡Duérmete!

Un breve silencio.

A poco oíase de nuevo la voz del niño:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué más te ocurre?

—Ponte en el filito de tu cama para que estés más cerca de mí.

—Así estoy, hijo mío.

—Bueno, entonces... dame la mano.

La madre extendía el brazo y Pirucho se aferraba con sus dos manitas a la de la mamá, que le parecía siempre suave y protectora. Claro que para que su miedo se desvaneciera por completo habría sido mejor que lo trasladaran

a la cama grande. Allí sí que estaría tranquilo, abrazado a la mamá! Pero del mal el menos, que podía tocarla.

—¿Quieres contarme un cuento? — se oye en la oscuridad la voz de Pirucho.

—Duérmete y calla ya, hijo mío, que vas a despertar a papá y hay que levantarse tempranito.

—Anda, cuéntame un cuento.

—¿Y qué cuento quieres escuchar ahora?

—El cuento, recuento que nunca se acaba.

—¡Pero si te sabes ese cuento de memoria desde que eras chiquito!...

—Sí, es verdad; pero tú me lo cuentas ahora y yo te oigo y es lo mismo que si fuera nuevo; mejor todavía... Luego, como yo tengo que contestarte que sí o que no, tú me oyes también, y así no te parecerá que estás contando un cuento para ti sola.

Por ventura, la voz de la madre, unida a la presión cariñosa de su mano, tenía la virtud de tranquilizar a Pirucho que tardaba poco en dormirse a pierna suelta.

Naturalmente las noches en que las causas del ruido tenían un motivo más fundado y real, las cosas no terminaban tan fácilmente. Si afuera rugía el vendaval; si los relámpagos penetraban deslumbrantes por los postigos del gran ventanal de la alcoba y los truenos hacían retumbar la casa, llenando de pavor los corazones, Pirucho no se conformaba con la mano y con la voz de su mamá. En esas noches terribles en que parecen desatados los elementos y amenazar al mundo con derrumbamientos pavorosos; en que llueve copiosamente, y las grandes gotas al caer sobre el zinc de la techumbre, forman un rumor sordo y continuado, Pirucho se traslada resueltamente a la cama grande, y allí, acurrucadito al lado de mamá, casi incrustado en ella, aca-

ba por recobrar el habla que el excesivo miedo le hace perder. Y entonces dice dichoso:

—¡Qué bien, mamá! ¡Qué bien cuando llueve así fuerte, y relampaguea y truenan! ¿Por qué no tronará y relampagueará y lloverá así todas las noches?

—¿Te gusta la tempestad?

—No, no es que me guste, mamá; es que como las otras noches tengo que acostarme solo en mi camita y no puedo estar abrazado a ti como ahora...

Una noche despertó Pirucho, y, por más esfuerzos que hizo, no pudo volver a conciliar el sueño. Todos los de la casa dormían a pierna suelta.

A la débil luz de la lamparilla que quedaba encendida toda la noche, el niño veía la cama grande en la que reposaban tranquilamente sus padres, de los cuales oía la respiración acompasada.

De pronto interrumpió el silencio reinante un ruido sordo al que siguió otro que a Pirucho le pareció el crujido de una puerta al ser violentada. El ruido venía de abajo.

La viva imaginación del muchacho le hizo pensar en seguida en los ladrones.

—¡Oh, sí! — se dijo. — Sin duda son ladrones que están forzando la puerta para entrar.

Pensó en seguida en llamar a su papá, en ir a la habitación inmediata para despertar al abuelo; pero guardó silencio y permaneció muy quietecito, porque reflexionó:

—¿Y si los ladrones al verse atacados por papá y el abuelo, les hacen frente y los matan?

Recordó que su mamá había dicho siempre que se hablaba de estas cosas:

—Si alguna noche notara yo que había penetrado en la casa gente extraña, no avisaría a nadie. Nada de lo que pueden llevarse los ladrones, por rico que sea, vale lo que la

vida de un ser querido. Salir al encuentro del que está robando es una insensatez, porque el ladrón sorprendido puede defenderse hasta el crimen, ante el temor de que le prendan y le priven de la libertad.

Pirucho pensaba en esto muy seriamente, como un hombre reflexivo. Avisar al padre era como obligarle a correr al encuentro de los que en la casa penetraran con malas intenciones.

Porque habían entrado, sí; él, que tan atentamente escuchaba, creyó percibir, además de los ruidos expresados, otro como el que produce una persona al tropezar con una silla.

Rápidamente Pirucho tomó una determinación que le pareció salvadora: la de ir a enterarse de lo que ocurría. No era necesario alarmar a la mamá, al papá y al abuelo. Si se engañaba en cuanto a la causa de los ruidos, cuando llegara la mañana y estuvieran todos despiertos, contaría sus temores y se reirían alegremente.

Valeroso, como un hombrecito que sabe hacerse cargo de la situación, se deslizó de la cama calladamente y se encaminó resuelto hacia la escalera que a las habitaciones altas conducía. Como iba descalzo, no produjo el más ligero ruido. Todos los de la casa seguían durmiendo sin sospechar el peligro que les amenazaba.

Desde arriba, escudado por la oscuridad, pudo ver que dos hombres empezaban a subir lentamente el primer tramo cuyos peldaños de madera crujían. Llevaban una linterna que proyectaba ante ellos un rayito de luz. Pirucho no los veía bien, porque quedaban ocultos en la sombra; pero los adivinaba negros, terribles, gigantescos, enormes. Tuvo un momento en que le sobrecogió el espanto y quiso gritar; más tardó poco en reaccionar y se dijo resueltamente:

—Es una vergüenza la cobardía. ¿Por qué no he de

procurar yo asustar a los ladrones sin meter a mi papá en el peligro, ni alarmar a mi mamá?

Pirucho estaba transformado. Nadie hubiera reconocido en él en aquellos momentos a la criatura que anhelaba estar siempre abrazadita a su mamá, especialmente por la noche. Veía subir a los ladrones, ¡y no temblaba!

De pronto, tuvo una idea luminosa. Se agarró con todas sus fuerzas a la baranda y con los pies empujó vigorosamente uno de los macetones que adornaban al final de la escalera.

El macetón rodó, produciendo el estrépito de un trueno, y Pirucho empezó a gritar con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Mátalos, mátalos, papá! Y tú, abuelo, también. ¡Matad a esos infames que vienen a robarnos!

A tamaño ruido y tan grandes voces, tardaron poco en aparecer el padre, la madre y el abuelo. Pero ya no había peligro. Sorprendidos los intrusos cuando menos lo esperaban, escaparon más que de prisa, temerosos de encontrar la muerte, y todo pudo arreglarse después con una cerradura nueva.

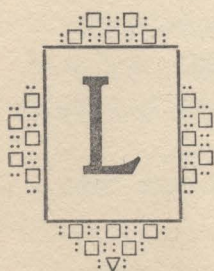
Cuando refirió Pirucho lo ocurrido y las causas que le habían determinado a obrar tan heroicamente, se lo querían comer a besos.

Y el pícaro aprovechó aquellos instantes en que sospechaba que habían de concederle la gracia que pidiera, para decir:

—Creo, abuelito, que no irás contando por ahí que tengo miedo. Yo me hago el chiquito, el miedoso, el que tiembla por cualquier cosa, porque así mamá se asusta, cree que voy a enfermar y me acuesta con ella. ¡Y se está tan a gusto a su lado!... ¡Si tú supieras, abuelo!...

Y en premio a su heroísmo, desde aquella noche volvió a dormir Pirucho en la cama grande, muy abrazadito a su mamá.

El racimo de uvas



A mañana es espléndida: una mañana de cielo claro y sol fulgente y vivificante que convida a vivir. Está el aire lleno de trinos y de perfumes. ¡Cómo se respira en estas mañanas que parecen prolongar la juventud y llevar la alegría a todas partes!

Sentado en la galería desde la que contemplo los aromos en flor, el verde brillante de los naranjos y las florecillas que adornan los arriates del jardín, aprovechando el dulce sosiego de mi espíritu, yo quisiera escribir ahora un cuento que hiciese palpar los corazones placenteramente, que mostrase uno de los aspectos más amables de la humanidad, que nos hiciera sonreír a todos y nos obligase a exclamar:

—¡Oh, qué suave y bella es la vida!

Mi cuento, escrito para todos, grandes y chicos, sabios e ignorantes, debía ser una lección tan sencilla que la aprendieran hasta los más torpes: una lección encaminada a matar el egoísmo y capaz por sí sola de matarlo...

Pero, ¿dónde está el asunto? — Esto del asunto es una cosa peliaguda, que, en estas mañanas diáfanas y aquietantes, hace fracasar los mejores propósitos. Próximo a desistir de mi deseo viene en mi socorro una idea. Pero la idea no trae el cuento hecho; la idea acaba de decirme, que, así como por todas partes se va a Roma, con los asuntos viejos es posible hacer un cuento digno de ser leído, sin faltar a la originalidad, ya que no hay nada nuevo bajo el sol, y que la originalidad está, más que en el asunto, en el modo de en-cararlo.

¿Por qué, pues, no os he de contar yo el cuento de “El racimo de uvas”, aunque se contaba ya en los tiempos de Noé?

Bueno, pues, manos a la obra; que en mañanas como ésta que tanta poesía y tanta gracia derraman sobre el mundo, justo es esforzarse en dar a los lectores una nota amable, ya que no puede ser sobresaliente.

Ved que llega el verdulero a la puerta de una casa y hace parar su carrito y llama alegremente:

—¡Señora Manuela! ¡El verdulero!

Y sale la señora Manuela: es una hermosa mujer, fresca y limpia, que parece frisar en los treinta y cuatro, aunque su fe de bautismo delataría los cuarenta y uno. Y no digo esto con intención de llamarle vieja, sino para demostrar el gran poder rejuveneciente que tienen la actividad y la limpieza.

La señora Manuela compra la verdura necesaria: sabe elegir lo que le conviene, con rapidez, sin menospreciarlo y sin sobar las mercaderías del verdulero.

—Señora Manuela: hoy traigo uvas, uvas riquísimas.

—¿Quién piensa en uvas ahora, que, por ser las primeras, serán muy caras? Dejemos las uvas para cuando abaraten. Ahora que las coman los ricos.

Y esto lo dice con cara risueña y corazón alegre; porque es natural en ella prescindir sin duelo de las cosas que no están a su alcance.

—¡Pero, si no quiero que me las compre! Lo que hago es regalarle este racimo, que, al fin, usted es mi mejor marchante.

Da gloria mirar el racimo que muestra el verdulero. Se van los ojos tras él. Deben ser jugosas y dulces aquellas uvas.

A la señora Manuela se le hace agua la boca y acepta el racimo sonriente y ruborizada, que no se le oculta ni a la mujer más juiciosa la parte que toma el amor hasta en los obsequios generosos.

La señora entra en la casa, hablando para sí:

—Ha sido buena idea la del verdulero. ¡Qué gordas y qué doraditas! ¡De juro serán dulces como la miel!

Y mientras las pone en un plato, agrega:

—¡Qué ricas le van a saber a mi María Antonia! ¡Tanto como le gustan!

¡Qué lástima no poder expresar esta gran alegría de la madre, esta generosa renuncia! Delira por las uvas y las guarda sin tocar un grano, regocijada al pensar en el contento de su hija cuando las vea.

Acaba de entrar la joven y a la madre le falta tiempo para gritar:

—María Antonia, hija mía. El verdulero ha traído uvas, y yo he guardado ese racimo para ti. ¡Tómalo!

La muchacha lo contempla insimismada, relamiéndose de gusto. En la vida ha visto uvas más incitantes. ¡Qué doraditas y bellas son!

Se dispone a comerlas; pero, de repente, se acuerda de algo que aleja las uvas de su boca.

—¡Cuánto va a agradecérmelas mi hermano Pedro!

¡Tanto como le gustan! Y que debe estar al llegar de su trabajo. Vendrá cansado... ¡Pobrecillo, tan joven como es y ya trabajando todo el día como un hombre!... Sean estas uvas premio a su alegre laboriosidad.

Y Pedro, al llegar, se encuentra aquel rico presente, que para él resulta conmovedor por dos causas: porque son las uvas su fruta favorita, y porque comprende y mide el cariño profundo y desinteresado que supone el regalo de su hermana.

Goces son éstos delicados e intensísimos que hablan muy alto de los cariños puros y desinteresados, que son seducción embaucante de los hogares santificados por el amor.

Pedro no cede en desprendimiento generoso a su madre y a su hermana. Oid, si lo dudáis, el siguiente diálogo:

—¿Sabes, María Antonia, lo que pienso?

—¿Qué piensas, Pedro?

—Que padre está cerca de aquí, segando pasto; que estará acalorado y quizás sediento, y que estas uvas le vendrán como bendición del cielo. ¿Te enfadarás si en lugar de comerme las uvas se las llevo a padre?

—¡Qué cosas tienes, Pedro! ¿Cómo habría yo de enfadarme? ¿Acaso crees que no quiero a padre, tan bueno como es? ¡Si hasta me remuerde la conciencia de no haber pensado lo mismo antes que tú! Toma y llévaselas; llévaselas corriendo, que él es más digno de comerlas que nosotros...

Y va el mozo, alegre y feliz, en busca del padre.

—¿Ocurre algo, hijo mío? — le pregunta al verlo.

—Nada, padre, a Dios gracias. Es que María Antonia me ha regalado este racimo de uvas, y hemos pensado en que a ti no te vendrá mal, con este calor, para refrescar la boca.

—¡Dios te lo pague, hijo mío! ¡Dios os lo pague a los dos! Todas las fatigas que yo he pasado por vosotros no valen lo que este racimo de uvas. Déjalas ahí, que yo pronto acabo, y ve y dile a madre que prepare la comida, que ya voy...

¡Vosotros, árboles de la alameda, pajarillos trinadores que lo visteis pasar con un cantar en la boca y un racimo de uvas en la mano derecha! ¡Vosotras, piedrecitas del camino, que observasteis la ligereza de sus pasos! ¡Vosotros podéis hablar mejor que yo de la honda alegría de aquel hombre, que caminaba radiante hacia su hogar, encendido de amor y con el corazón rebosante de ternura!...

Y tú, Manuela: dinos algo de la satisfacción que hizo asomar las lágrimas a tus ojos, cuando viste el hermoso racimo de doradas uvas de que te habías desprendido amorosamente volver a tu mano como graciosa ofrenda de amor. Y cuenta también la alegría con que fuiste dividiendo el racimo en cuatro partes, que si no fueron iguales, fué porque hiciste la tuya más pequeña, y lo riquísimas que a todos les supieron las uvas que habían sido revelación bendita de cariño desinteresado y puro.

¡Verdad, lector amable, que con estos elementos, de un cuentecillo antiguo como Noé, podía hacerse un cuento delicioso y moral?

Pues otro día te lo contaré.



La equivocación de los Reyes



ABIA cumplido ya los ocho años Juan Antonio, y hubiera sido tarea imposible la de buscar y encontrar uno más travieso y más vivaracho que él. Todo lo traía revuelto en la casa. Entre los grandes disparates por él cometidos en aquellos días, los había como éstos: le habían enseñado a hacer barquitos de papel, y Juan Antonio, deseoso de saber cómo navegaban, obstruyó los desagües del patio, dió suelta a los grifos y anegó la casa, poniéndose él, naturalmente, empapado de pies a cabeza. Otro día, con una caja de pinturas, que gastó enterita, ilustró las paredes de la casa, llenándolas de graciosísimos mamarrachos. La última había sido famosa: la abuela, muy aficionada a los gatos, tenía un magnífico ejemplar de Angora, de pelo larguísimo. A Juan Antonio, que había estado muchas veces en Palermo, se le ocurrió que de aquel gato podía hacerse, con gran facilidad, un león en miniatura, y, como era rápido en la realización de sus pensamientos, se armó de tijeras, puso manos a la obra y esquiló al animal,

dejándole sin cortar la parte correspondiente a la melena.

—¡Hay para matarlo! — afirmaba la bondadosa madre, haciendo esfuerzos por ponerse seria, y sintiendo deseos vehementes de comerse a besos al endemoniado “pibe”.

Como Juan Antonio era muy chico, muy chiquito para su edad, solía decir la abuela:

—A este muchacho no le deja crecer la picardía.

—No puede hacerse carrera de él — clamaba la madre desesperada; — hay que castigarle severamente, que ya no es tan chico.

Y los severos castigos consistían, a raíz de cada travesura tremenda, en hablarle a Juan Antonio de usted y decirle:

—¡Venga usted acá, so descarado! Siéntese en esa silla a mi lado y estese tres horas!

¡Tres horas! Antes de que pasaran tres minutos, ya andaba el chico diciendo, en tono humilde:

—Mamá, ¿quieres que me levante?

Y tras de hacer promesa formal de no volver a las andadas, se le levantaba el castigo. A poco rato, volvía Juan Antonio con una petición disparatada:

—Mamá, ¿quieres que...?

Aquellos “quieres que...” de Juan Antonio habían llegado a ser temibles; porque era tan insistente que no entendía las negativas, y un segundo después de oír un no, su voz zalamera y suplicante repetía:

—Anda, mamá, ¿quieres que...?

—Con éste — afirmaba la abuela — hay que cambiar la frase: Si te pide tu niño que te tires de un tajo, pídele a Dios que sea bajo.

Bueno, y después de todo, yo no puedo ni debo atenerme sólo a los pésimos informes que me dan de Juan Antonio su madre y su abuela, mientras se les cae la baba refi-

riéndome las travesuras del chico. Sería muy injusto juzgar a Juan Antonio por lo que dice de él su abuela, una señora pacífica enamorada del silencio (aunque se moriría de sobresalto si el muchacho permaneciese silencioso media hora), y por lo que agrega su mamá, parte interesada también en que el chico sea dócil, y, sobre todo, en que no le dé sustos, presentándose a lo mejor con la cara arañada o la cabeza rota.

Nadie es profeta en su patria, y en su casa, menos. Juan Antonio es un niño superior a su fama. Os lo aseguro yo, que soy un hombre imparcial y hasta severo para juzgar a los niños.

Sus famosos “quieres que...” le resultaban siempre triunfantes; porque estaba dotado de un corazón excelente. Cuando a la abuelita la aquejaba algún dolor de cabeza, Juan Antonio era capaz de estarse cerca de cinco minutos seguidos silencioso y apenado. Era con sus amigos la generosidad andando y estaba dotado de inteligencia clara.

Yo sé de él la última fechoría, que le presenta tal y como es, y por la que puede perdonársele el fárrago de travesuras continuas que alarman a la abuela y a la madre. Es una fechoría que revela...

Pero mejor es que os la cuente y que la juzguéis vosotros.

Los Reyes Magos acababan de salir de Oriente, seguidos de gran número de camellos cargados de preciosos juguetes que habían de causar el regocijo bullicioso de todos los niños buenos del mundo.

A Juan Antonio le habían ofrecido, por mediación de la mamá y de la abuelita, la colección de juguetes más asombrosa que puede soñar una imaginación exaltada; pero con la condición de que había de ser bueno, muy bueno durante el interminable plazo de ocho días.

Seguramente, los Reyes Magos, tan atareados en la distribución de los juguetes, no pudieron enterarse del número colosal de travesuras realizadas por Juan Antonio en aquella semana. Pudo ocurrir también que se olvidaran de ellas. Lo cierto es que el día designado apareció el vestíbulo de su casa lleno de juguetes sorprendentes.

El padre, la mamá, la abuelita, se regocijaron presenciando la alegre sorpresa del niño, al levantarse y ver aquella riqueza de cosas tan deseadas.

—Ya ves, ya ves cómo los Reyes Magos son generosos para los niños buenos...

Cuando Juan Antonio quedó solo, su primer movimiento fué para correr a la casa inmediata, donde vivían unos amiguitos cuyos padres no andaban muy holgados de fortuna.

Y quedó tristemente sorprendido al saber que los Reyes Magos no habían dejado nada en aquella casa, siendo como eran los niños de ella los mejores del mundo.

Juan Antonio, que no tenía pelo de tonto, se puso a pensar:

¡Cómo! El, que había sido tan malo, que se había burlado de la abuelita y hasta le había hurtado del portamonedas cuantos centavitos pudo para comprar caramelos y chucherías; él, que anegara la casa, para ver navegar sus barquitos; que había convertido el gato de la abuelita en un león; él se veía colmado de regalos, y sus amiguitos, que eran buenos de verdad, no tenían nada?

Sin duda se habían equivocado los Reyes Magos.

Y creyéndolo así en su santa inocencia, trasladó presuroso todos sus juguetes a la casa vecina, donde fueron recibidos con grandes exclamaciones reveladoras de un júbilo incomparable.

A mediodía, padre, madre y abuela notaron la desapa-

rición completa del regalo de Reyes y sometieron al reo a un minucioso interrogatorio:

—¿Qué has hecho de los juguetes?

—Es que los Reyes se habían equivocado.

—¿Cómo?

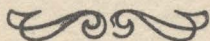
—¿No decíais que no traían regalos más que para los niños buenos?

—Así es.

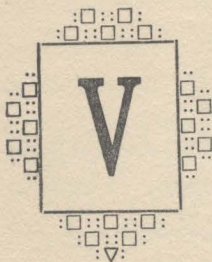
—Pues bien: yo he sido malo y los niños de al lado buenos. Sin duda los Reyes confundieron la casa. Así es que yo he dado los juguetes a los vecinos, que los merecían, diciéndoles que los Magos los habían dejado en casa para ellos.

La madre, conmovida, verdaderamente admirada, colmó a Juan Antonio de caricias, mientras decía:

—Y ahora que me digan que mi niño es malo; que me digan que mi niño es malo.



Mamá, si yo fuera Rey



IOSE obligado Eugenio a permanecer en cama cuarenta días, que a otro cualquiera le hubieran parecido una eternidad. Jugando con otros niños, dió una caída con tan mala fortuna que se rompió una pierna. Hubieron de enyesársela y condenarle a

larga quietud.

Por suerte, el niño aquél tenía madre. ¡Y qué madre! De creerle a él “ni en el mundo entero ni en Villa Ballester” donde vivían, podía encontrarse otra más buena. ¡Y cómo quería a su chiquitín, y cómo sabía distraerle colmándole de mimos! No se apartaba un momento de su enfermito, y le trataba con tanta dulzura que el pequeñuelo casi se sentía feliz, incorporado en su camita, oyendo cuentos. Porque la madre, que poseía un rico caudal de ellos, lo agotó varias veces, y hasta tuvo que inventar algunos para que su hijo no se aburriera. ¡Con qué dulzura se deslizaban las horas para el niño, y cómo iba enriqueciéndose su imaginación y llenándose de cosas maravillosas y suaves:

que le hacían pasar la noche saboreando ensueños deliciosos!...

Cuando la excelente mujer tenía que salir de la alcoba para ocuparse en los menesteres más perentorios de la casa, no bien desaparecía por la puerta, el niño empezaba a clamar:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Mamááá!...

—¿Qué, hijo mío?

—¿Estás cerquita?

—Sí, hijo, sí.

—¡Maamááá!...

—¡Válgame Dios, Eugenio! ¡Qué mareón eres! Vamos a ver, ¿qué quieres? Tengo que hacer la comida para cuando venga papá, que tiene que comer de prisa y corriendo para volver al trabajo.

—¿Está cerquita la cocina?

—Sí, hombre, está cerquita. Ya lo sabes.

—Bueno; véte a hacer la comida; pero hazla corriendo, corriendito... Si te llamo, no me hagas caso. Cuando no estás aquí, yo grito: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! Y no quiero nada. Es que así me figuro que estoy menos solo.

—Bien, pues estate quietecito que pronto vuelvo.

—Mamá, mientras estás en la cocina, canta una canción para que yo te oiga.

Y la gente, que juzga de todo con una ligereza que da frío, al oírla cantar, solía decir:

—Parece que doña Eustaquia está más alegre desde que su chiquito se rompió la pierna... Se pasa la mayor parte del día cantando.

Pero vosotras, lectoras mías, que sabéis que la murmuración es despreciable, y que estáis en el secreto, no criticaréis a Eustaquia por sus cantos.

Ella lo tenía todo en orden, todo muy limpio y al chi-

quitín contento. Cantaba, no sólo por la mañana y por la tarde, sino también por la noche; porque cuando Eugenio sentía ganas de dormir, decía:

—Mamá, voy a dormirme... Pero, mientras duermo, ¿estarás siempre tan cerquita de mi, mamá?

—Sí, estaré. Descuida.

—Bueno; pues, entonces, dame la mano... Y ahora, canta alguna cosa de esas tan bonitas que tú sabes.

Y, al dulce arrullo de la voz maternal iba durmiéndose suavemente.

El pequeñuelo empezó a levantarse. La primavera tocaba a su fin. Eran los días claros y llenos de luz, largas las tardes, los crepúsculos dorados y esplendorosos. El niño, apoyado en el brazo de la madre, daba algunos paseos por el jardincito. Luego se sentaban: él en una butaca y ella, cerca de él, aprovechaba para ir remendando alguna ropa del padre que trabajaba en una fábrica.

No era muy del gusto del muchacho ver tan afanada a la pobre mujer, que siempre tenía que hacer alguna cosa con prisa. El niño empezó a tener un deseo grande de llegar a hombre, de poder trabajar y ganar dinero para que la madre no tuviera que afanarse tanto. ¡Con qué satisfacción llegaría a su casa, cumplidas su faenas, a entregar el producto de su trabajo!...

Una mañana, al acabar de fregar el suelo, oyó Eustaquia que su hijo suspiraba diciendo:

—Mamá... ¡si yo fuera rey!...

—¿Qué haría mi hijo, si fuera rey?

Y empezó a hablar. Fueron dignas de oír sus palabras y de ver sus ademanes y sus ojos llenos de expresión. ¡Qué de cosas haría el pequeñuelo en favor del padre y de la madre si fuera rey!...

Primero compraría un “papelón” ¡así de grande!” de caramelos.

—Porque tú, mamá, cuando me compras cinco centavos, “haces la que no te gustan” para que yo me los coma todos...

Compraría, además, una bandeja colosal de masitas y bombones de chocolate, y una cartera muy bonita “con lo menos “milenta” pesos”. “Milenta” era para él el número más asombroso y extraordinario que puede concebirse. ¿Y vestidos? ¡Vaya una riqueza de imaginación la del muchacho para ofrecer trajes fantásticos y cosas raras! La madre escuchaba soriente y feliz aquel donoso disparatar. Eugenio acabó por vestir a su padre de granadero, agregándole muchos galones. Haría que el pobre hombre fuese como aquel señor tan bien vestido que viera un día de fiesta en una guardia y que por toda ocupación no tenía que hacer otra cosa que pasearse arriba y abajo con una escopetita para ver pasar a la gente. ¡Lo que le gustaría a su padre no tener que hacer más que aquello y encontrarse tan vistosamente ataviado!... Toda la gente lo miraría con la boca abierta como él había mirado al granadero de guardia...

—¡Ay, mamá, mamá! ¡si yo fuera rey!...

De pronto Eugenio se acordó de una cosa esencialísima de que se había olvidado.

—Dime, mamá — preguntó, — ¿no pueden comprar los reyes varitas de virtud de esas que hay en los cuentos? Pueden comprarlas, ¿no?

—Sí que pueden, hijo mío.

—Pues, entonces, no hay más que hablar. Cuando yo sea rey, compraré tres varitas de virtud, una para tí, otra para papá y otra para mí. Y, entonces, cuando hayas de echar un remiendo a la blusa de papá, tú no tendrás más que decir:

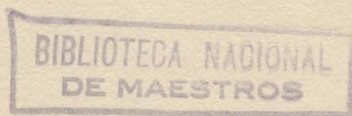
—Varita de virtud, por la virtud que tienes y por la que Dios te ha dado, que quede el remiendo hecho... Y así no tendrás que coser ni fastidiarte ni hacer otra cosa que estar al lado mío, cerquita, muy cerquita, contándome cuentos y cantándome canciones.

La madre, en un arrebato de ternura, le abraza, quisiera comérselo a besos, y dice, mientras saborea una felicidad que no le cabe en el corazón.

—¡Ay, qué bien, Dios mío! ¡Qué bien voy a estar cuando mi hijo sea rey, y me regale una varita de virtud!

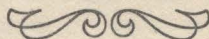
¡Y qué cerquita de mí estarás entonces!

—Sí, muy cerquita, como ahora, hijo mío.




INDICE

	Página
Los ojos del abuelo	7
En compensación	17
La ingratitud	27
La conversión de Alfredo	37
El miedo de Pirucho	45
El racimo de uvas	57
La equivocación de los Reyes	65
Mamá, si yo fuera Rey	73

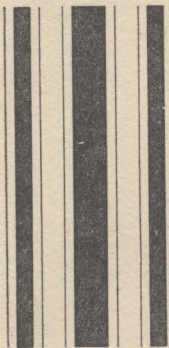




TRES VOLUMENES DEL MISMO AUTOR



Y O, R E Y M A G O
UNA VEZ HUBO UN PRINCIPE
EL CASTILLO DE LA FELICIDAD



PEDIDOS

Agencia General de Librería y Publicaciones

1571 Rivadavia

Buenos Aires

REPUBLICA ARGENTINA

Precio del ejemplar \$ 1.50

